

LOS SUCESOS DEL CAYO

Patria no es más que el conjunto de condiciones en que pueden vivir satisfechos el decoro y bienestar de los hijos de un país. No es patria el amor irracional a un rincón de la tierra -porque nacimos en él: ni el odio ciego a otro país, acaso tan infortunado como culpable. El gozo es mayor, o la pena, cuando los que padecen, si honran a la humanidad, son de la tierra misma en que nacimos.- La labor que nos hemos impuesto los cubanos emancipados por lo menos de lo más temible de la tiranía, si no de todos sus influjos, sigue, creciente, su marcha vencedora. Con el desinterés se vence al interés. Con la abnegación se vence al egoísmo. Con la cautela se vence a la intriga. Con la unión de los servidores generosos de la patria, se vence y compele a los que en la hora propicia y madura, esquivan el mandato y la oportunidad del honor. O se hacen las cosas a tiempo, o se queda con el descrédito y la culpa de no haberlas querido hacer.- A paso firme, y por debajo de la tierra, adelanta segura nuestra obra. Pero es imposible, en la red cada día irás apretada de esto, deberes, olvidar al Cayo admirable cuya unidad y tesón fueron, en los días nublados de nuestro patriotismo, como aquellas fortalezas, talladas en el monte vivo, donde se refugiaron los últimos persas que defendían su tierra adorada, y la religión del sol, de los caballos hambrientos de Mahoma. Con tanta más razón se cede al deber de hablar de las angustias de los cubanos de Key West cuanto que los sucesos de que vienen siendo víctimas, y comprueban la vergonzosa alianza de un puñado de norteamericanos visibles del Cayo con el gobierno español, interesado en perturbarlo hasta deshacerlo, han servido para demostrar la liga íntima de todos los elementos de la sociedad cubana en la defensa de nuestro decoro nacional, -la dignidad y moderación que, por sobre todas las deficiencias de nuestro desarrollo, parecen crecer con nuestras desdichas y anunciamos una patria feliz,- y un concepto tan vivo del decoro cubano en los hombres menos preparados por la fortuna a mantenerlo que, con aquel mismo espíritu que movió a nuestros padres a incendiar a Bayamo, se ofrecen hoy a abandonar sus hogares, y reducirse el pan, antes que permanecer donde no pueden vivir con sus derechos y con su honra.

Es preciso, en verdad, que los cubanos, en su mayoría ignorantes del mérito de su tierra, levanten el corazón. Es preciso que se sepa que por apagado que esté en las profesiones secundarias y acomodaticias el decoro del país, consérvese íntegro, y renovado a cada injuria, entre aquéllos que no necesitan de la autoridad y merced de los opresores para vivir. Es preciso que se sepa, como dichosa compensación a tantas causas de duda y desaliento, que la masa cubana trabajadora, acrecida en el destierro con lo más independiente y viril de nuestra sociedad principal de ayer, no es sólo encendido riñón de fe patriótica, y tesoro inexhausto de nuestra libertad, sino factor social prudente y culto, a la vez que enérgico y fundador, que, anteponiendo el deber total de la patria al beneficio material de las personas, salvará al país

de la discordia y ruina que visiblemente aumentan en él por la alianza sorda e inmundada de los elementos desdeñosos y soberbios de nuestra sociedad, venidos en gran parte de las heces de ella, con la dominación que los utiliza y ultraja. Es preciso que se sepa que, mientras en murmuración pueril pierden el respeto entre los ajenos y la eficacia entre los suyos aquellos elementos de la sociedad de Cuba que pudieron mantener unidas sus fuerzas de resistencia y ligar amistad honrosa y útil con la masa justiciera que a cambio de la equidad dará el sosiego o lo turbará a falta de ella, -los elementos realmente sensatos y prácticos del país, sus únicos hombres prácticos verdaderos, lían vivido en tan estrecha comunión, por la faena del trabajo y la semejanza de la virtud, que ala hora de verse al cuello una garra nueva,- la garra del yankee interesado, no menos fiera que la del español, no sólo han resentido con igual pasión la inmerecida ofensa, sino que largos meses de provocación continua, juntos abogados y médicos y comerciantes y tabaqueros, han sabido unir, en la guía de su conducta,- a diferencia de los que se les tienen por superiores- toda la dignidad del valor a toda la prudencia del hombre de Estado. -Eso es nuestro pueblo: un pueblo preparado para la libertad. Esas son nuestras masas, ligadas por la cultura y el trabajo común a los orgullosos de ayer: masas que mantendrán con brío, y administrarán sin excesos, la libertad.

Los sucesos de Key West parecen haber llegado a tal extremo que, a no darse a los cubanos garantías totales de imparcialidad y de respeto, por quienes estén fuera de duda en aptitud de cumplirlas, no pueden nuestras industrias, ni quienes vivan de ellas, permanecer donde se abate y persigue inhumanamente a sus mantenedores. Tal es la situación, que el Cayo en masa parece determinado a transportarse a donde se le trató con justicia. Así el amante, al conocer de súbito el engaño de la mujer en quien tenía puesta su fe, se arranca, sin volver los ojos, de los lugares donde la vio desleal o impura. Es tina resolución tenaz de todas las conciencias, del dolor de todos, de las voluntades todas. ¡El pueblo expulsado mira otra vez al horizonte, y con sus hijos en los brazos, con el cielo sobre la cabeza y el mar alrededor, busca un rincón donde la maldad del hombre no lo deje sin mesa y sin techo! Mira con desgarrador cariño, el suelo que él fecundó, las calles que él abrió, la poblada que él levantó, el taller donde ha llorado de entusiasmo y de ira, la escuela que alzó él mismo a sus hijos, el árbol que le cubre los venerados muertos. Pero no tiembla, porque la guerra y la expatriación lo han hecho hombre; no cede a la tiranía, porque tiene la fe y la costumbre del trabajo; no mendiga al dueño de la tierra ni le sonríe, porque sabe que el dueño vive de él, y no tiene más fuerza en la tierra que la que le dé el trabajo de los que la habitan. El trabajador es altivo: sólo es abyecto el perezoso. Bello era el Cayo, pero más bello será cualquier rincón, con la hermosura que los corazones derramarán en él unidos en el honor y el sacrificio. ¿A qué lamentar un suceso que ha hecho a los cubanos más unidos y mejores? Padecer, es triunfar.

Los diarios locales cuentan en detalle aquellos acontecimientos. Las poblaciones de la Florida se disputan la emigración cubana. Les hacen ofertas pingües de Ocala, donde puede haber industria y agricultura, y el clima es alto y grato; de Tampa, donde la competencia española no ha entibiado, sino robustecido, el alma cubana; de Punta Gorda, que parece asilo apetecible; de Tallahassee mismo, que es la capital pintoresca y sana del Estado. De manufactureros, comerciantes, industriales y obreros fue la comisión que visitó la Florida, y en toda ella han recibido especiales obsequios. El Cayo hará lo que tenga por útil y justo, bien ceda a los que le ofrecen nueva casa, bien oiga a los que al palpar la consecuencia de su locura pudieran volver a él arrepentidos.

Pero un incidente de suprema belleza merece especial mención, y en el mismo relato público que el noble Yara hace de él, resalta con la digna sencillez de una hermosa página de historia. La historia no es sólo la narración de los sucesos cruentos de un país, sino de todos aquéllos en donde se revelan sus méritos y zozobras. Aquél fue el instante en que quinientas almas, resignadas a vivir lejos de una tierra donde se maltratan sus derechos y se desconoce su virtud, enviaron a sus viejos, a sus mujeres y a sus jóvenes, para rogar al hombre acaudalado con quien se emplean, que una sus esfuerzos a los de sus compatriotas, y los lleve a vivir adonde no se les castigue por amarla. ¡Ah! ¡escena bellísima! Nuestras mujeres, secas del trabajo, en sus tristes vestidos, con aquellos ojos de resignación y ternura que no se apagan en ellas jamás nuestros ancianos, que han visto tanta pena, y la quieren otra vez desafiar, por no vivir ofendidos y humillados; nuestros mozos, que no entienden que el hombre está vivo sino cuando devuelve las bofetadas que se le dan en el honor, estaban de pie allí, en la oficina de la fábrica, delante del hombre que no parece haber olvidado jamás, por gloria suya, la mesa de obrero donde comenzó su bienestar, que acaso desde hoy tendrá aquel instante, en que vio tan nobles a sus paisanos, como el más puro y hermoso de su vida. No se vive del oro que se tiene en los bancos, sino del que se tiene en el corazón. El tiene allí tierras, fábricas, poblados, la casa misma que estaba alzando ahora para reposar en la vejez, y en la que ya no podría dormir tranquilo. Ellos no tienen más que el jornal que le ganan. ¡Y de él le ofrecen una parte todos los días -que les pague menos, que haya en sus casas menos pan y vestidos- para que con la rebaja se igualen las pérdidas, y los lleven, adonde puedan vivir con honor!

De seguro que se llenó de luz extraña, velada de lágrimas, la mirada del obrero rico; de seguro que enamorado de su pueblo, echarán raíces nuevas en él el patriotismo y la humanidad. ¡Así, en el destierro modesto, de que se suelen burlar lenguas impuras, vamos levantando la república fuerte y pacífica de mañana, no con los vicios y la cobardía, sino con el trabajo, la pena y el amor!

(2 de marzo de 1894)

